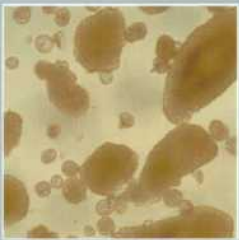


Programa Europa

de Estancias de Investigación

1987 / 2002



Programa Europa

de Estancias de Investigación

1987 / 2002



CAJA INMACULADA ■



**GOBIERNO
DE ARAGON**

Departamento de Cultura y Turismo

Publicación nº 95 de la Caja Inmaculada
Edita: Caja Inmaculada
Dirección: Manuel Silva Suárez
Coordinación técnica: Mª Sancho Menjón Ruiz
Datos estadísticos: José Muñoz Embid
Diseño: Nieves Añaños, Versus
Imprime: INO Reproducciones S.A., Zaragoza
ISBN: 84-96007-08-1
D.L.: Z-1013/2003



Pompeya: pórtico delante de las tiendas del macellum (fot. M.S.S.)

Roque Joaquín de Alcubierre

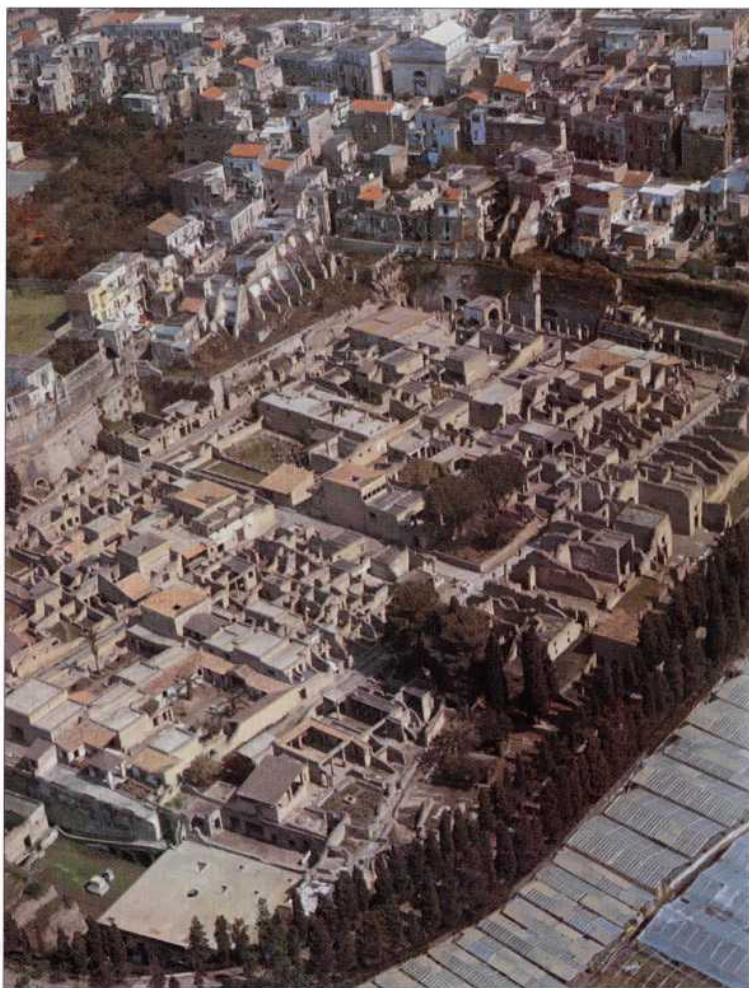
y la conquista de la Antiquèdad

José Antonio Hernández Latas
Doctor en Historia del Arte, Zaragoza

En las primeras horas de la tarde del 24 de agosto del año 79 d. C., el hasta entonces apacible Vesubio, cuyas faldas estaban sembradas de viñedos, entró repentinamente en erupción, sepultando bajo varios metros de cenizas, fango y lava, las ciudades próximas de Pompeya, Herculano y Estabia, así como otras poblaciones de menor entidad, como Oplontis.

Conocemos una descripción de aquel suceso gracias a la narración del escritor Plinio el Joven³⁷, que presenció aquel devastador fenómeno cuando se encontraba en el cabo de Miseno. Mientras, su tío, el naturalista Plinio el Viejo, perecía asfixiado por los gases en Estabia, donde había acudido con el fin de socorrer a sus amigos. La peripecia sufrida por Plinio el Joven y los habitantes de Miseno debió de ser idéntica a la sufrida en Pompeya, Estabia y Herculano. Con el agravante para esta última población de que una lengua de fango y lava acabaría por sellar las cenizas que ya cubrían la población.

Según su testimonio, los temblores tierra habían hecho a la mayor parte de los habitantes abandonar sus casas. Ya en las calles, muchos de ellos, cargados con sus más valiosas pertenencias, se protegían con cojines atados por pañuelos a la cabeza de la lluvia de cenizas incandescentes y piedrecillas.



Herculano (Nápoles), vista aérea

37. Cartas de Plinio el Joven al historiador Tácito (Libro VI, Cartas 16 y 20), publicadas en el apartado "Testimonianze e documenti", dentro del libro de ETIENNE, Robert: *Pompei la città sepolta*, Universale Electa/Gallimard, Trieste, 1992.

Cuando la oscuridad fue total, buscaron como único consuelo las voces y el contacto de sus vecinos, hasta unirse en una espectral columna de huida de la ciudad, en la que los golpes y las avalanchas eran constantes. Por ello Plinio el Joven y su tía decidieron alejarse de la muchedumbre por un momento:

"Recién nos habíamos sentado, se hizo de noche; pero no una noche sin luna o nebulosa, sino como cuando se está en una habitación cerrada sin luz alguna. Se oían alaridos de mujeres, llantos de niño, gritos de hombres. Que llamaban a sus padres, a los hijos, a la mujer o al marido, tratando de reconocerlo por la voz. Unos se dolían de su propia suerte, otros de la suerte de sus seres queridos. Había quien, por temor a la muerte, invocaba la propia muerte. Algunos elevaban los brazos hacia sus dioses; muchos afirmaban que no habría más días, que aquella noche sería eterna, la última del mundo.

[...] Al final aquella neblina se disipó y se diluyó en humo y nubes. Después se hizo verdaderamente de día y brilló incluso el sol, aunque pálido como un sol eclipsado. Y a nuestros ojos, todavía incrédulos, todo pareció cambiado y cubierto de una capa de ceniza, como la nieve."

El deslumbrante despertar de la Antigüedad

Aquella erupción del Vesubio del año 79 sumió a la llamada "Campania Feliz" en un sueño letárgico del que tardaría siglos en despertar. Fue el ingeniero zaragozano Roque Joaquín de Alcubierre (1702-1780)³⁸ el encargado de descubrir poco a poco el velo de cenizas, lava y olvido que cerraba los ojos de aquellas ciudades dormidas. No existe duda, hoy en día, de que los hallazgos sucesivos de Herculano (1738), Pompeya (1748) y Estabia (1749) fueron exclusivamente fruto de su empeño personal y aun de su tenacidad para superar con éxito, de un lado, las dificultades técnicas y, de otro, las intrigas cortesanas que pretendieron obstaculizar su empresa.

Son escasas las noticias que se conocen acerca de Alcubierre con anterioridad a su destino napolitano. Nacido un 16 de agosto, como delata su nombre de pila, sabemos que realizó los primeros estudios en su ciudad natal y que pronto ingresó como voluntario en el cuerpo de ingenieros militares, de reciente creación (1711). Bajo la protección del Conde de Bureta, obtuvo destinos de importancia en Gerona y otras plazas de Cataluña, donde sirvió a las órdenes del Ingeniero segundo Esteban Pañón y, posteriormente del Ingeniero Jefe Andrés de los Cobos, entre 1731 y 1733. En Gerona se ocupó de obras militares que se ejecutaron sobre sus ríos, el baluarte de Santa María y otras fortificaciones. Este último año de 1733, junto a Andrés de los Cobos, pasó a la Corte.

Poco después, arribó en Italia formando parte del ejército que, dirigido por el infante Carlos de Borbón, futuro Carlos III de España, conquistó Nápoles a los austriacos en 1734. Unos años más tarde, hacia 1738, trabajaba ya a las órdenes del Ingeniero Mayor del Reino, el palermitano Giovanni Antonio Medrano, en las obras del Palacio Real de Portici, con el cometido de levantar planos de los terrenos sobre los que se debía asentar el edificio. Tras recabar información entre las personas ilustradas de aquellos lugares, tuvo noticia de la existencia de un pozo, llamado de Nocerino, que había sido practicado entre

38. Ha sido el historiador Félix FERNÁNDEZ MURGA quien más y mejor se ha ocupado de estudiar la figura de Alcubierre, ya desde 1962, con su artículo "Roque Joaquín de Alcubierre, descubridor de Herculano, Pompeya y Estabia", *Archivo Español de Arqueología*, XXXV, núms. 105-106. Y, posteriormente, con la lectura de su Tesis doctoral, titulada: *Los ingenieros españoles Roque Joaquín de Alcubierre y Francisco La Vega, descubridores de Herculano, Pompeya y Estabia*, Madrid, 1964. Una versión actualizada de sus conocimientos sobre Alcubierre y las excavaciones vesubianas pueden consultarse en su exhaustivo estudio: *Carlos III y el descubrimiento de Herculano, Pompeya y Estabia*, Salamanca, 1989. También la historiografía italiana se ha interesado en la figura de Alcubierre, fundamentalmente a través de Franco STARZULLO, comisario de la exposición: *I primi anni dello scavo di Ercolano nel diario dell'ingegnere militare Rocco Gioacchino d'Alcubierre*, Università degli studi, Nápoles, 1982, y autor del libro: *Alcubierre-Weber-Paderni: un difficile "tandem" nello scavo di Ercolano-Pompei-Stabia*, 1998. Y, por último, en nuestra tierra, han dedicado estudios al pionero de la arqueología vesubiana, Antonio BELTRÁN MARTÍNEZ en sus artículos "Roque Joaquín de Alcubierre (1702-1780)", publicado en FATÁS CABEZA, Guillermo (dir.): *Aragoneses Ilustres*, Caja de Ahorros de la Inmaculada, 1983, y "Pompeya y Roque Joaquín de Alcubierre", *Heraldo de Aragón*, 1 de febrero de 1999; y, recientemente, Antonio MOSTALAC CARRILLO: "A dos siglos y medio del acontecimiento. Alcubierre, descubridor de Pompeya" y el mismo profesor Fatás, autor de una breve "Semblanza de Roque Joaquín de Alcubierre", ambos publicados conjuntamente en la revista *Trébede*, nº 10, enero de 1998.

1709 y 1716 por el príncipe de D'Elboeuf, general al servicio de Carlos VI de Austria. Del mismo pozo habrían sido extraídas varias estatuas con destino al ornato de su palacio.

Tras descender mediante una cuerda, supervisar dichos pozos y obtener, a través de sus superiores, permiso del rey para iniciar las excavaciones en la zona, éstas comenzaron el día 22 de octubre de 1738, en que Alcubierre pudo contar ya con un equipo de diez operarios a su servicio. Como se había encargado de comunicarle por carta el marqués de Salas, sólo el éxito de las excavaciones garantizarían su continuidad³⁹.

La crónica de los primeros y decisivos pasos de aquella excavación que sacarían a la luz importantes vestigios y restos artísticos de la ciudad de Herculano, nos la ofrece el propio Alcubierre, quien redactó una relación cronológica del curso de los

trabajos, llevados a cabo entre 1738 y 1756, con el título *Noticia de las alhajas de Herculano, Pompeya y Estabia*⁴⁰. Un documento imprescindible para conocer el día a día de las excavaciones y que, sin embargo, permanecía inédito hasta hace poco tiempo⁴¹.

Para hacernos una idea del febril ritmo que Alcubierre imprimió a las excavaciones, baste saber que en el segundo año de trabajos, según dejó consignado de nuevo en su colofón a los hallazgos de 1740, se extrajeron de las grutas de Herculano nada menos que ciento siete pinturas al fresco. Diferentes hitos fueron estimulando la prosecución de la tarea. Acontecimientos de significativa importancia, como la identi-



Anfiteatro de Pompeya (Nápoles). Fotografía del autor, 1996

ficación del Teatro de Herculano, la aparición de las estatuas marmóreas de los Balbo, la de los fascinantes frescos que reproducían las escenas Teseo vencedor del Minotauro o Hércules reconociendo a Telefo en presencia de Arcadia, el primero de ellos a la altura del mejor Rafael, según palabras del propio ingeniero zaragozano⁴², o el inesperado hallazgo de la biblioteca de Lucio Calpurnio Pisón en la villa suburbana, conocida como la Villa de los Papiros, de la que se rescataron más de mil ochocientos papiros, todavía hoy en proceso de restauración y estudio en la Biblioteca Nacional de Nápoles, bajo la dirección del profesor M. Gigante.

A partir de 1748, en el territorio que en aquellos años se conocía como Civita resultaron esenciales, a su vez, los descubrimientos del Anfiteatro, cuyo graderío oval tenía capacidad para albergar hasta quince mil personas, y de la casa de Giulia

39. Carta del Marqués de Salas a Giovanni Antonio Medrano, Portici, 13 de octubre de 1738.

40. El documento original, de largo subtítulo, *Noticia de las alhajas antiguas que se han descubierto en las escavaciones de Resina y otras en los diez y ocho años que han corrido desde 22 de octubre de 1738, en que se empezaron hasta 22 de octubre de 1756, que se van continuando*, se conserva en la actualidad en la biblioteca de la Società Napoletana di Storia Patria.

41. El documento fue dado a conocer por PANNUTI, Ulrico: *Il "Giornale degli Scavi" di Ercolano (1734-1756)*, en "Atti della Accademia Nazionale del Lincei", Anno CCCLXXX, Roma, 1983; y sirvió de base a Félix Fernández Murga para su exhaustivo estudio op. cit. nota 2.

42. El 12 de septiembre de 1739, Alcubierre comentó entusiasmado, al respecto del hallazgo de la pintura *Teseo vencedor del Minotauro*: "Y esta pintura se considera por cosa muy singular y de valor así por el primor y arte del que la hizo, que en concepto de muchos ha excedido a Rafael (lo que contradice la común opinión de que en nuestros tiempos se haya adelantado en la pintura) como por ser la única tal vez en el mundo que, después de haberse mantenido más de 1700 años dentro de la tierra, se ha sacado 52 palmos debajo de la superficie de ella, sin haber perdido nada los colores".

Felice, así como especialmente conmovedora resultaría la aparición del primero de una larga lista de cadáveres de pompeyanos, muertos el mismo día de la tragedia, y que continúan aflorando sin solución de continuidad desde entonces. Aunque es cierto que hasta 1763 no fue hallada la inscripción que confirmó definitivamente la identificación de la Civita como Pompeya. El interés de Alcubierre no se limitó a las campañas arqueológicas de Herculano o Pompeya, sino que acometió además prospecciones y trabajos en Estabia y en el área de Sorrento, Pozzuoli y Cumas.

Ante la magnitud de los descubrimientos, el monarca Carlos de Borbón, a propuesta de su ministro Tanucci, amparó la creación de la Real Academia Herculanaense (1755), que se ocuparía de estudiar y dar a conocer los hallazgos. Los ocho lujosos volúmenes de la obra *Le Antichità di Ercolano esposte* (1757-1792) fueron el resultado de los trabajos de los académicos. Además, en 1758, con el objetivo no sólo de propiciar la futura conservación de las piezas aparecidas, sino de facilitar a los estudiosos su contemplación, se creó el Real Museo Herculanaense de Portici⁴³, cuya dirección se encomendó al italiano Camillo Paderni.



"Calle de los Sepulcros, Pompeya", Álbum de Pompeya (1849) de Bernardino Montañés, Colección Ibercaja

Arqueología militar de pico, pólvora y disciplina férrea

Atados con una cuerda y por medio de una polea, los operarios y su ingeniero jefe, Alcubierre, descendían a diario por un pozo desde el cual partían diferentes galerías que a medida que avanzaban se hacían más lóbregas. A resultas del humo de las antorchas con que se iluminaban, no podían distinguirse los objetos sino a la proximidad de las llamas. La humedad y el humo creaban un ambiente irrespirable, que irá minando la salud de los trabajadores y del propio ingeniero jefe. No resulta extraño, por tanto, que en los primeros momentos Alcubierre tuviese incluso que echar mano de presidiarios condenados a trabajos forzados.

La dureza de las condiciones de trabajo en las excavaciones de Herculano las semejaban ciertamente más a los trabajos de minería que a los de la arqueología moderna. Esa misma impresión debió de extraer Alejandro Dumas padre cuando las visitó en 1835:

*"Se baja a las excavaciones de Herculano, como a una mina, a través de una especie de corredores ennegrecidos por el humo, en los que, de trecho en trecho, y como a través de un velo desgarrado, se entrevén la esquina de una casa, el peristilo de un templo, los graderíos de un teatro; todo ello incompleto, mutilado, tético, sin conexión, sin visión de conjunto y, por consiguiente, sin efecto. Por ello, al cabo de una hora pasada en aquellos subterráneos, el más empedernido anticuario, el arqueólogo más obstinado, el más infatigable curioso no sienten otra necesidad que la de ver la luz del día, ni otro deseo que el de respirar el aire del cielo. Es lo que nos ocurrió a nosotros."*⁴⁴

43. Albergó sucesivamente el fruto de las excavaciones vesubianas hasta el año 1827, en que las últimas pinturas fueron trasladadas a la actual sede del Museo Nazionale di Archeologia de Nápoles.

44. DUMAS, Alejandro: *Impressioni di viaggio. Il Corricolo*, Milán, 1963.

Algunos historiadores y arqueólogos como Amadeo Maiuri, que trabajó en Pompeya entre 1924 y 1961, supieron apreciar las dificultades de aquella empresa:

"Quizás nunca un trabajo de minería impuso un sacrificio tan duro como éste, ni exigió tanto esfuerzo de inteligencia y maestría con medios tan rudimentarios."

Tan sólo un año después del inicio de las excavaciones, Alcubierre afirmaba haber descendido a las grutas de Herculano ya más de doscientas veces. Este descenso diario a los infiernos insalubres de la Antigüedad acabaría por pasar factura a la salud del tenaz zaragozano, que en 1741 tuvo que solicitar la baja debido a los estragos causados en su salud:

"Portici y mayo, 26 de 1741: Me veo en la precisión de poner en la noticia de V. E. que como hallándome hace algún tiempo indispuerto y con una suma languidez, habiéndome resultado también de un año a esta parte el perder la dentadura de repetidas fluxiones que he padecido y hallarme presentemente con la boca llena de llagas y mal de escorbuto, según me ha dicho el cirujano de la Reyna N. S., habiendo consultado con los médicos D. Fran Buencore y D. Manuel Martínez, me han dicho ser preciso ponerme en remedio y mudar aire, atribuyendo mis males a las repetidas humedades y malos aires que he recibido en las grutas subterráneas a Resina, que estoy frecuentando desde hace dos años y medio continuamente [...]. Por lo que paso a suplicar humildemente a V.E. que, tomando primero informe de los dichos médicos y cirujano de Sus Majestades, se digne V.E. hacerme la caridad de mandarme relevar por otro ingeniero y concederme el permiso de pasar a Nápoles a fin de poderme poner en remedios. Alcubierre."

Fueron nada menos que cuatro años de baja del servicio, entre 1741 y 1745, en que se puso de nuevo al frente de las excavaciones. A partir de 1750 contó con la ayuda del ingeniero suizo Karl Weber, como subdirector. Pero también las fuerzas de éste se resintieron pronto, puesto que en 1764 fallecía víctima de una grave enfermedad. Sería sustituido por el también ingeniero Francisco La Vega, en quien recaerá la dirección de las excavaciones y del Real Museo Herculanense de Portici tras la muerte de Alcubierre en 1780 y de Camillo Paderni en 1781.

Por otra parte, el empleo tanto de operarios a sueldo como de presidiarios y esclavos provocó problemas de seguridad que fueron atajados al dictado de la férrea disciplina militar del Setecientos. Según sabemos, en 1740 trabajaban en las grutas cinco personas procedentes de la misma zona de Resina que sustrajeron algunos de los objetos hallados en las grutas. A pesar de la insignificancia de lo robado y ante las contradicciones de los operarios en los interrogatorios, el rey autorizó incluso la tortura con el fin de que los responsables de los hurtos confesaran su culpa. Como resultado del proceso, los condenados sufrieron penas de galeras y de destierro. A partir de aquel incidente, y con el fin de salvaguardar la seguridad de los objetos hallados, se establecieron duras penas para quien fuese hallado culpable de hurto.

Ocho años más tarde de aquellos penosos sucesos, el ingeniero jefe recordaba con cierta satisfacción: "Este ejemplo ha motivado desde entonces tal respeto en las grutas, que es bien positivo que de ellas no se ha extraviado ninguna cosa jamás".



Hércules reconociendo a Telefo en presencia de Arcadia, fresco de la basílica de Herculano, Museo Archeologico Nazionale de Nápoles

Las incisivas críticas de Winckelmann

La labor de Alcubierre se vio ensombrecida por las injustificadas críticas de quien hoy se considera padre de la Arqueología y de la Historia del Arte, el alemán Johann Joachim Winckelmann, autor de las célebres *Historia del Arte en la Antigüedad* (1763) y *Observaciones sobre la arquitectura de los antiguos* (1767), quien viajó a Nápoles en cuatro ocasiones, entre 1758 y 1767.

Con motivo de su segunda visita al golfo de Nápoles, en 1762, remitirá a su amigo el conde de Brühl una larga epístola con las impresiones de su viaje. En ella, haciendo gala de una ligereza impropia de un historiador de su talla, desacreditó a Alcubierre y descalificó su labor:

"La dirección de estos trabajos fue confiada a un ingeniero español llamado Roque Joaquín de Alcubierre, que había seguido al Rey. Actualmente es Coronel y Jefe del Cuerpo de Ingenieros de Nápoles. Este hombre, que tiene tanta familiaridad con las antigüedades como la luna con los cangrejos, como dice el proverbio italiano, ha causado con su poca capacidad la pérdida de muchas cosas preciosas."

Desgraciadamente, las palabras de Winckelmann, a partir de su traducción al francés y publicación en 1764, hicieron fortuna en la historiografía y dañaron irremediamente el prestigio de Alcubierre, hasta el extremo de que es la única referencia que de él todavía hoy ofrecen algunas de las guías de bolsillo a los visitantes de Pompeya y Herculano.

Según parece, con motivo de aquel segundo viaje a Nápoles, el alemán se había ganado la confianza del director del Museo Herculano, cuya animadversión hacia Alcubierre eran manifiestos. A los insidiosos comentarios de Paderni –a quien, por cierto, Winckelmann recompensó con los calificativos de "diseñadorzuelo [...], tan ilustre en la impostura como estúpido e ignorante"– hay que atribuir algunas de las corrosivas críticas con las Winckelmann salpicó su epístola.

Una de las acusaciones gratuitas que se permitió verter consistió en afirmar que la sucesión de hallazgos de Alcubierre eran sobre todo fruto del azar. Sin embargo, desde el primer momento el ingeniero zaragozano sabía muy bien lo que estaba buscando: los restos de las ciudades enterradas con motivo de la terrible erupción del Vesubio del año 79 d. C.

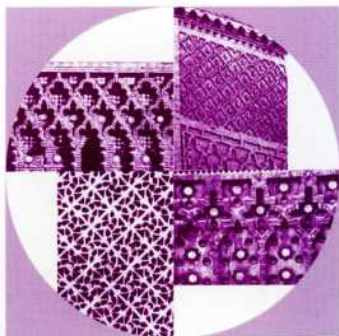
Pero también deberíamos hacernos eco de las desacertadas premoniciones de Winckelmann, a quien se permitió visitar las excavaciones de Pompeya y sobre las que se atrevió a pronosticar: "No hay esperanza de que puedan encontrarse objetos de arte ni otras cosas en esta ciudad, en cuyos edificios se ven arrancadas, ya desde tiempos antiguos, hasta las pinturas de las paredes y los quicios de las puertas"⁴⁵. Por fortuna, los trabajos de Alcubierre y sus sucesores demostraron hasta qué punto se equivocaba.

Desde 1738 hasta 1780, año de su muerte, Roque Joaquín de Alcubierre dirigió las excavaciones de Herculano, Pompeya y Estabia, así como diferentes prospecciones en Sorrento, Pozzuoli y Cumas. Había contraído matrimonio con Ignacia Díez en 1739, de cuya unión nacieron once hijos, que asegurarían la pervivencia del apellido Alcubierre en Nápoles. Durante sus últimos años, fue nombrado Gobernador del desaparecido Castillo del Carmen, en cuya capilla fue sepultado, cuando detenía el grado de Mariscal de Campo.



Templo de Giove, Foro de Pompeya. Fotografía del autor, 1996

45. Carta de Winckelmann al Padre Paciaudi, fechada el 24 de marzo de 1764. Fragmento transcrito por Félix Fernández Murga en su op. cit. (1983), nota 2.



Este libro se imprimió en
INO Reproducciones S.A., en Zaragoza.
Entró en máquinas el día 22 de abril,
vispera de Nuestro Señor San Jorge,
patrón de Aragón.
Año de gracia de 2003

